

# MIRET MAGDALENA

## ¿TIEMPO DE MODERACION?

Ortega y Gasset —uno de los más agudos observadores del porvenir humano— acertaba en sus predicciones de futuro poniéndose en la actitud de «el espectador». Ahora nos conviene, a los hombres que vivimos inquietos por el complejo y difícil futuro del mundo, hacer un esfuerzo para salirnos de la lucha, entre avance y retroceso, que está latente en la Iglesia y en la sociedad civil, para observar la realidad.

Incluso es necesario que esta observación, para ser imparcial, evite en lo posible un juicio de valor sobre lo que estamos observando, para impedir su deformación.

Mientras no consigamos esto será imposible llevar a cabo todos nuestros anhelos de transformación, reforma o perfeccionamiento de las estructuras sociales de la Iglesia o de las sociedades humanas.

Porque para que esta transformación —religiosa o profana— sea eficaz, no tiene más remedio que partir de la realidad. No de la realidad que a nosotros nos gustaría que existiera, sino de la fría realidad que tenemos ante nuestros ojos, y que, muchas veces, no la vemos porque la miramos coloreando todo con nuestros gustos o aversiones.

Sin duda, hay en el mundo mucha violencia y mucha injusticia, y se cree fácilmente que con la violencia se remedia la injusticia. Al menos lo creen muchos que son generosos, desprendidos e inquietos por el porvenir de la humanidad.

Sin embargo, la masa cada vez se hace más alérgica a la violencia, y nunca hemos estado en amplios círculos del mundo civilizado más contrarios a la guerra, a la lucha física o a la injusticia material. La guerra del Vietnam, el hambre de Biafra y los conflictos de Oriente Medio nos inquietan más que nunca y crean en nosotros una conciencia favorable a la paz y a los medios pacíficos.

En la Iglesia ocurre una cosa parecida. Después de la revolución del Concilio Vaticano II, manifestada en las protestas, contestaciones y agudas críticas postconciliares, principalmente en Norteamérica y países latinos, empieza un período de cansancio, dentro de la estructura eclesial, por las posturas agudas.

No nos engañemos. Yo, que me quiero —antes y ahora— situar siempre en el punto más avanzado del catolicismo, he de reconocer que los contestatarios e hipercríticos, en este momento, sólo consiguen —en esta nueva fase que empieza— excitar al conservadurismo, para oponerse a cualquier cambio legítimo o cansar a los mismos que podrían ayudar al cambio a causa de la alergia general que la violencia provoca, alergia hábilmente manejada por los moderados.

Por otro lado, hemos de reconocer también que la postura, exagerada e inaceptable, de los superconservadores e integristas católicos cada vez tiene menos predicamento y sus protestas se acogen únicamente con sonrisas. La última manifestación ha sido la carta patética, pero inoperante, del Cardenal Ottaviani a Pablo VI. Escandalizado por la nueva ordenación litúrgica implantada progresivamente, y que será obligatoria dentro de dos años, escribe una breve y tajante carta al Papa, exponiéndole, de forma totalmente desmedida, sus inquietudes.

Llega a decir el famoso Cardenal ultraconservador que estas reformas litúrgicas representan, «tanto en su conjunto como en los puntos particulares, un alejamiento impresionante de la teología católica de la Misa».

El argumento utilizado para convencer al Papa parte de un principio que podría ser igualmente utilizado por sus contrarios para establecer las más radicales simplificaciones y reformas, volviendo a lo anterior al siglo XVI o a lo primitivo en la Iglesia. Dice el Cardenal Ottaviani que «la verdad siempre creída por el pueblo cristiano» jamás, ni por ninguna causa, «puede cambiarse o desviarse sin caer en infidelidad al sagrado depósito

doctrinal». Pero como la Misa —diría un progresista— que había hasta ahora es una innovación de hace pocos siglos, sin duda la fe constante del pueblo no es sólo la de estas últimas centurias, sino también la de las anteriores y, por lo tanto, lo único permanentemente creído por el pueblo cristiano en los veinte siglos de existencia es el pequeño núcleo sencillo de la primitiva liturgia que hacían los creyentes de los dos primeros siglos, pues el resto ha sido cambiante a través de la historia.

Todo esto hay que decirlo sin adoptar ya actitudes desgarradas ni dramáticas, porque no merece la pena invertir tanta energía en una cosa que ya no hace impresión a casi nadie.

Sin embargo, hay todavía bastantes católicos —lo mismo clérigos que seglares— que siguen luchando un poco como Don Quijote contra los botos de vino, pensando que son fantasmagóricos enemigos. Y es preciso que se den cuenta que esa época ya ha concluido, o está en vías de concluir, y empieza otra diferente.

Los Obispos africanos nos acaban de dar una dura reprimenda a los occidentales, recordándonos que nuestras tomas de posición contestatarias nada tienen que ver con los problemas que existen en el África negra en transformación, pero lo que es más sorprendente es que esa misma declaración la hacen suya los Obispos del Este europeo en el último Sínodo episcopal.

La razón es bien sencilla, pero debemos meditarla cuidadosamente los occidentales. La época del conservadurismo a ultranza y del progresismo ingenuo está a punto de pasar. En el fondo, porque unos y otros querían una cosa muy parecida.

Los primeros deseaban defender una Iglesia-baluarte, con unos cuadros bien montados, jurídica y doctrinalmente, que diesen a todo el mundo seguridad.

Los segundos querían una Iglesia democrática, con unas estructuras jurídicas perfeccionadas, progresivamente modernas y eficaces, en donde los abusos no fuesen posibles y los métodos empleados por la perfecta organización recogieran todo lo que las ciencias sociales actuales enseñan.

Como se ve en la base, unos y otros creían en una institución inflacionista, aunque la una fuera dictatorial y la otra democrática.

Pero el mundo no va por ahí; lo que queremos muchos —incluso muy avanzados— es que se deje desarrollar la estructura del amor, de la justicia y de la paz que descubrió el cristianismo y nunca se realizó valientemente, olvidando —dejando en desuso— todo lo demás.

Y para ello no queremos que la Iglesia utilice medios poderosos, aunque sean democráticos, sino lo que deseamos son medios sencillos, evangélicos, pobres, que tengan en cuenta los valores de la persona humana y de la comunicación cordial y comprensiva entre los hombres, sin grandes instituciones, leyes o estructuras jurídicas.

Por eso aquellas Iglesias —del Este, por ejemplo—, que difícilmente pueden mantener ya esa extensa institucionalización de la Iglesia, se asombran de nuestras protestas y piden un legítimo pluralismo dentro de la Iglesia, en donde no queramos medir por un mismo rasero todos los problemas humanos que existen en los diferentes países y regiones.

Quizá simplificando un poco las cosas tendríamos que decir que, tras la época ultraconservadora de la Iglesia en el siglo XIX, se produjo la lucha por la apertura del siglo XX, que culminó en el postconcilio, y ahora nos encontramos ante una nueva época que podríamos llamar postprogresista, y cuyas características convendrá que analicemos los cristianos que hemos participado tanto en la lucha por la transformación, para evitar que nos quedemos atrás una vez más.

¿Es esto signo de que empezamos una época de moderación ante cualquier exceso en la Iglesia y en el mundo? Y si es así, ¿cómo tendremos que actuar los que, por convicción profunda, no podemos ser simples conservadores?